

Enviase contra él un segundo ejército á las órdenes de Würmsér: no puede batirle sino concentrándose rápidamente y derrotando uno tras otro á cada uno de los cuerpos aislados; como hombre resuelto, sacrifica el bloqueo de Mantua, derrota á Würmsér en Lonato y Castiglione y recházale al Tirol.

Reforzado nuevamente el general austriaco, como antes Beaulieu, Bonaparte se adelanta á él en el Tirol, remonta el Adige, lo arroja todo ante sí en Roveredo, precipitase á través del Brenta, corta el pasó á Würmsér, que creía cortársele á él, le arroja en Bassano y enciérrale en Mantua. Este es el segundo ejército austriaco aniquilado después de recibir refuerzos.

Negociando siempre y amenazando desde las orillas del Adige, espera al tercer ejército: es formidable, y llega antes que el general francés haya recibido auxilios; obligado á retroceder, se desespera, y hállase á punto de sucumbir, cuando encuentra en medio de un pantano impracticable dos líneas que desembocan en los flancos del enemigo y en las cuales se precipita con increíble audacia. Vence también en Arcola, pero el enemigo se detiene sin quedar aniquilado, y vuelve por última vez más poderoso que las primeras. Por una parte baja de las montañas, y por la otra costea el Adige inferior. Bonaparte descubre el único punto donde las columnas austriacas, circulando en un país montañoso, pueden reunirse; precipitase sobre la célebre meseta de Rívoli, y desde ella abrasa al principal ejército de Alvinzy. Después, emprendiendo su vuelo hacia el Adige inferior, rodea á toda la columna que le había franqueado. Su última operación es la más hermosa, porque aquí se ha unido la fortuna al genio.

Así, pues, un solo ejército, que al empezar la campaña sólo tenía treinta y tantos mil hombres y sólo había recibido veinte mil para compensar sus pérdidas, aniquiló en diez meses, además del ejército piemontés, otros tres formidables, tres veces reforzados. Cincuenta mil franceses batieron por lo tanto á más de doscientos mil austriacos, cogiendo ochenta mil prisioneros y dejando fuera de combate veinte mil entre muertos y heridos; habían trabado doce batallas campales y más de sesenta combates y cruzado varios ríos arrojando las corrientes y el fuego del enemigo. En cuanto á la guerra, es una rutina puramente mecánica, que consiste en rechazar y matar á los contrarios que se ponen delante, y es poco digna de la historia; pero cuando se ofrece uno de estos encuentros en que se ve á un gran número de hombres movidos por un solo y gran pensamiento, que se desarrollan en medio del fuego y de los rayos con tanta precisión como la de un Newton ó Descartes en el silencio del gabinete, entonces el espectáculo es tan digno del filósofo como del hombre de Estado y del militar. Y si esta identificación de la multitud con un solo individuo, que produce la fuerza en su más alto grado, sirve para proteger y defender una noble causa, entonces la escena es tan moral como grandiosa.

Bonaparte corría ya á realizar nuevos proyectos, dirigiéndose á Roma á fin de poner término á los enredos de aquella corte de clérigos, para volver, no ya al Adige, sino á Viena. Con sus victorias había trasladado la guerra á su verdadero teatro, al de Italia, desde don-

de podría caer sobre los Estados hereditarios del emperador. El gobierno, ilustrado por sus hazañas, enviábale refuerzos, con los cuales podía ir á Viena á dictar una paz gloriosa en nombre de la república francesa. El fin de la campaña había reanimado todas las esperanzas que su principio hizo concebir.

Los triunfos de Rívoli pusieron el colmo á la alegría de los patriotas: hablábase en todas partes de aquellos veintidós mil prisioneros y se citaba el testimonio de las autoridades de Milán, que los habían revistado, certificando el número para responder á todas las dudas de la malevolencia. La rendición de Mantua fué el colmo de la satisfacción, pues desde aquel momento se creyó en la conquista definitiva de Italia. El correo que llevaba estas noticias llegó por la noche á París: reunióse en el acto á la guarnición y fueron publicadas á la luz de las antorchas y al son de las músicas, en medio de los gritos de alegría de todos los franceses afectos á su país. ¡Días para siempre célebres, y que eternamente echaremos de menos! ¡En qué época se mostró nuestra patria tan noble y grandiosa! Las borrascas de la revolución parecían calmadas; los murmullos de los partidos resonaban como los últimos rumores de la tempestad, y considerábanse aquellos restos de agitación como la vida de un Estado libre. El comercio y la hacienda salían de una crisis terrible; todo el suelo, restituído á manos industriosas, iba á ser fecundado; un gobierno compuesto de ciudadanos iguales á nosotros regía á la república con moderación, debiendo sucederles los más dignos de ello. Todas las vías estaban libres: Francia, en el colmo de su poderío, era dueña de todo el suelo que se extiende desde el Rhin á los Pirineos y desde el mar á los Alpes. Holanda y España iban á unir sus fuerzas navales con las nuestras, para combatir de consuno el despotismo en los mares; y resplandecía con una gloria inmortal. Admirables ejércitos hacían ondear sus banderas tricolores á la faz de los reyes que quisieron aniquilarlos. Veinte héroes, de diverso carácter y talento, semejantes tan sólo por la edad y el valor, conducían á sus soldados á la victoria. Hoche, Kléber, Desaix, Moreau, Joubert, Massena, Bonaparte y otros muchos avanzaban juntos.

Apreciábanse sus diversos méritos; pero nadie, por perspicaz que fuese, hubiera podido distinguir en aquella generación de héroes á los desgraciados ó á los culpables; nadie podía adivinar cuál iba á morir en la flor de su edad, atacado de un mal desconocido, cuál espiraría bajo el puñal musulmán ó el fuego del enemigo, cuál oprimiría la libertad, vendiendo á su patria; todos parecían grandes, puros, felices y llenos de porvenir.

Aquello no fué sino un momento; pero sólo hay momentos, así en la vida de los pueblos como en la de los individuos. Íbamos á encontrar de nuevo la opulencia con el reposo; en cuanto á la libertad y á la gloria, ya las teníamos... «Es preciso, ha dicho un antiguo, que la patria sea, no sólo feliz, sino suficientemente gloriosa.» ¡Este deseo estaba completamente satisfecho! ¡Franceses, los que habéis visto después oprimida nuestra libertad, invadida la patria y á nuestros héroes fusilados ó infieles á su gloria, no olvidéis jamás aquellos días inmortales de libertad, de grandeza y esperanza!

## CAPITULO VII

Situación del gobierno durante el invierno del año v (1797). — Caracteres y desavenencias de los cinco directores, Barras, Carnot, Rewbell, Letourneur y Larevelliere-Lepeaux. — Estado de la opinión pública. — Club de Clichy. — Intrigas de la facción realista. — Descúbrese la conspiración de Brottier, Laville-Heurnois y Duverne de Presle. — Elecciones del año v. — Ojeada sobre la situación de las potencias extranjeras al principiar la campaña de 1797.

Las últimas victorias de Rívoli y la Favorita y la toma de Mantua habían devuelto á Francia toda su superioridad, y á pesar de todas las injurias que se dirigían al Directorio, inspiraba mucho temor á las potencias extranjeras. En la correspondencia secreta con el gobierno de Venecia escribía Mallet-Dupán (1). *La mitad de Europa está á los pies de este dión, y compra el honor de llegar á ser su tributaria.* Aquellos quince meses de un mando enérgico y glorioso habían consolidado en el poder á los cinco directores, pero también dieron rienda á sus pasiones y á su diversidad de carácter. Los hombres no pueden vivir reunidos largo tiempo sin sentir afecto ó repugnancia unos hacia otros, y sin asociarse según sus inclinaciones. Ya estaban divididos Carnot, Barras, Rewbell, Larevelliere-Lepeaux y Letourneur.

Carnot era sistemático, tenaz y orgulloso, y carecía absolutamente de aquel don que da al alma extensión y acierto y amenidad al carácter. Era perspicaz; dominaba bien el objeto que se proponía examinar; pero comprometido una vez en un error, jamás se desengañaba. Honrado, animoso y muy amante del trabajo, nunca perdonaba sin embargo las ofensas hechas á su amor propio, y era entusiasta y original, como sucede á todos los hombres meditabundos. En otro tiempo se había indispuerto con los individuos del comité de salvación pública, porque no era posible que simpatizase su orgullo con el de Robespierre y Saint-Just, ni que teniendo tan esforzado ánimo cediese á su despotismo. Al presente debía sucederle lo mismo con el Directorio; además de las infinitas ocasiones en que podía chocar con sus colegas, desempeñando comunmente un cargo tan difícil como el de gobernar y que tan naturalmente produce diversidad de opiniones, abrigaba antiguos resentimientos, especialmente contra Barras.

Todas sus propensiones de severidad, honradez y asiduidad difícilmente podían avenirse con las de este colega perezoso, pródigo y libertino; pero sobre todo le detestaba por ser el caudillo de aquellos termidorianos, amigos y vengadores de Dantón, y perseguidores de la antigua Montaña. Carnot, que era uno de los principales autores de la muerte de Dantón, y que le había faltado muy poco para ser víctima de las persecuciones dirigidas contra los montañeses, no podía perdonar á los termidorianos; por eso sentía un odio profundo hacia Barras.

(1) Correspondencia secreta con el gobierno de Venecia.

Éste había servido en otro tiempo en las Indias, donde mostró el valor de un soldado. Era muy á propósito en los motines para montar á caballo, que es lo que hemos visto que le hizo ganar su asiento en el Directorio; y por eso en todos los peligros hablaba de montar á caballo y acuchillar á los enemigos de la república. Era de elevada estatura y de gallarda presencia; pero su mirar tenía cierto aire sombrío y adusto, que se acomodaba mal con su carácter, más arrebatado que dañino. Aunque de noble cuna, nada tenía de escogido en sus modales, que eran bruscos, impetuosos y vulgares. Poseía un acierto y penetración, que á haber estudiado y trabajado más, hubieran podido distinguirle sobre manera; pero, desidioso é ignorante, no sabía otra cosa que lo que se aprende en una vida agitada, y traslucía en los asuntos de que tenía que juzgar diariamente bastante talento para deseárselo una educación más esmerada. Por lo demás, libertino y cínico, violento y falso como los meridionales, que saben encubrir la doblez bajo el aturdimiento, republicano por naturaleza y posición, pero hombre sin fe, admitiendo en su casa á todos los revolucionarios más furiosos de los arrabales y á todos los emigrados vueltos á Francia, agradando á unos con su trivial impetuosa, conviniendo á los otros con su espíritu intrigante, era en realidad ferviente patriota, pero halagaba en secreto á todos los partidos. El solo representaba el partido de Dantón, menos el genio de este corifeo que no había transmitido á sus sucesores.

Rewbell, antiguo abogado de Colmar, adquirió en la barra y en nuestras distintas Asambleas mucha práctica en el manejo de los negocios. A la más extraordinaria penetración y gran criterio reunía una vasta instrucción, gran memoria y asiduidad para el trabajo. Estas cualidades le hacían un hombre de mucho mérito para gobernar el Estado. Discutía perfectamente los asuntos, aunque era un tanto sutil por estar habituado al foro. Tenía buena figura y era hombre de mundo; pero brusco é insolente por la rudeza de su lenguaje. A pesar de las calumnias de los contrarrevolucionarios y malvados, era persona de mucha probidad; mas por desgracia pecaba de algo avaricioso; gustábase emplear su fortuna personal de una manera ventajosa, lo cual le inducía á buscar agentes de negocios, proporcionando con ello enojosos pretextos á la calumnia. Cuidábase mucho de las relaciones exteriores, y tenía tanto celo por los intereses de Francia, que de buena gana hubiera sido injusto con

las naciones extranjeras. Republicano fogoso, sincero y constante, pertenecía primitivamente al partido moderado de la Convención, é inspirábanle la misma prevención Carnot y Barras, el uno como montañés y el otro como dantonista. Así, pues, Carnot, Barras y Rewbell, procedentes los tres de contrarios partidos, se detestaban entre sí; los odios contraídos durante una lucha prolongada y cruel no se habían olvidado bajo el régimen constitucional; los corazones no se habían mezclado como los ríos que se reúnen sin confundir sus aguas. Sin embargo, aun aborreciéndose estos tres hombres, reprimían su encono y trabajaban de consuno en la obra común. Por lo que hace á Larevelliere-Lepeaux y Letourneur á nadie aborrecían; el segundo, hombre de bien, vanidoso, pero de una vanidad natural y poco importuna, que se contentaba con las apariencias del poder y con los honores de los centinelas, sentía hacia Carnot una sumisión respetuosa. Daba prontamente su dictamen; pero con la misma facilidad le retiraba así que le manifestaban su error, ó que Carnot hablaba en sentido contrario, pues su voto siempre pertenecía á éste.

Larevelliere, el hombre más honrado y virtuoso que puede darse, reunía á una multitud de conocimientos un juicio exacto y profundo. Era aplicado y á propósito para dar cuerdos dictámenes, en todos los asuntos, y algunos dió muy excelentes en ocasiones difíciles. Sin embargo, se dejaba arrastrar de continuo por ilusiones, ó intimidar por escrúpulos de un alma inocente. A veces deseaba lo que era imposible, y no se atrevía á querer lo que era necesario; bien es verdad que se necesita un talento superior para calcular lo que se debe á las circunstancias. Hablaba correctamente y con extraordinaria entereza; era sumamente útil cuando se trataba de apoyar un parecer acertado, y servía mucho al Directorio por su consideración general. Su actitud era muy importante en el estado de odiosidad en que se hallaban sus colegas, porque en medio de las grandes divergencias que á menudo surgían se pronunciaba en favor del más honrado y capaz, es decir, en favor de Rewbell. Por esta razón había evitado una relación muy íntima que de buena gana hubiera abrazado, pero que le habría separado de sus demás compañeros. No dejaba de tener inclinación á Barras, de quien se hubiera hecho amigo si le hubiese hallado menos corrompido y falso. Tenía sobre los demás cierto ascendiente que le daban su integridad, penetración y entereza. Los malvados se mofan comunmente de la virtud, pero la temen cuando á la penetración que les descubre va unido el valor para no tenerles miedo. Larevelliere se servía de su ascendiente sobre Rewbell y Barras para mantener entre ellos y Carnot la mejor armonía; y gracias á tan buen mediador y á su común celo por los intereses de la república, los directores vivían en buena correspondencia, y continuaban en sus cargos, dividiéndose en las cuestiones que debían decidir, más según sus opiniones que por su enemistad.

Excepto Barras, todos los directores vivían sin ostentación con sus familias, ocupando cada uno una habitación del Luxemburgo. Sin embargo, Larevelliere, que gustaba de reuniones, que era muy aficionado á las artes y ciencias y se creía por otra parte obligado á gastar su sueldo de un modo útil al Estado, recibía en su

casa á los sabios y literatos, pero los trataba con sencillez y cordialidad. Por desgracia le habían puesto en ridículo, sin que por su parte hubiese dado motivo para ello.

Profesaba en todo su rigor la filosofía del siglo XVIII, tal como se contenía en la profesión de fe del vicario saboyardo, anhelando la ruina de la religión católica y lisonjeándose de que en breve se realizaría, si los gobiernos no empleaban contra ella otros medios que la indiferencia y el olvido. No quería ritos supersticiosos ni imágenes materiales de la divinidad; pero creía que los hombres necesitaban reuniones para conversar entre sí sobre puntos de moral y sobre la magnificencia de la creación; asuntos en efecto que deben tratarse en sociedades, porque los hombres son más sensibles en ellas y reciben más fácilmente las inspiraciones sublimes y generosas. Estas eran las ideas que había desarrollado en un escrito, añadiendo que convenría que con el tiempo se reemplazasen las ceremonias del culto católico con reuniones bastante parecidas á las de los protestantes, pero más sencillas aún y sin tanta representación; pensamiento que, adoptado por ciertos hombres benéficos, se puso inmediatamente en ejecución. Un célebre físico, Haüy, formó una sociedad, á la que dió el nombre de *Teofilántropos*, y cuyas reuniones tenían por objeto las pláticas morales, lecturas filosóficas y cánticos piadosos. Se formaron algunas de este género, estableciéndose en locales alquilados por cuenta de los socios y bajo la vigilancia de la policía. Aunque Larevelliere juzgó esta institución por muy buena y á propósito para separar de las iglesias católicas á muchas de aquellas almas sensibles que necesitaban desahogar en unión sus sentimientos religiosos, se abstuvo siempre de figurar en ella, ni quiso que asistiese su familia, para no representar el papel de corifeo de una secta y no recordar el pontificado de Robespierre. A pesar de su reserva, valiése la maledicencia de este pretexto para ridiculizar algún tanto á un magistrado universalmente respetado y que ningún motivo daba á la calumnia. Por lo demás, si la teofilantropía era objeto de ciertas sátiras poco ingeniosas en casa de Barras ó en los periódicos realistas, apenas llamaba la atención ni disminuía un ápice el respeto que á Larevelliere-Lepeaux se profesaba.

El que desconceptuaba verdaderamente al gobierno era Barras, porque su género de vida no era modesto y sencillo como el de sus compañeros, y ostentaba un lujo y prodigalidad que únicamente podían explicarse por sus lucrativos tratos con los agentes de negocios.

La mayoría directorial y el excelente ministro Ramel dirigían con severa probidad la hacienda, mas no podía impedirse á Barras que recibiese de los proveedores y banqueros á quienes protegía productos considerables. Tenía además mil medios para acudir á sus gastos. La Francia era señora de tantos Estados grandes y pequeños que muchos príncipes debían solicitar su favor y comprar con gruesas sumas la promesa de un voto en el Directorio, y más tarde veremos lo que se intentó en este particular. La representación que afectaba Barras no hubiera sido inútil, debiendo los gobernantes tratar mucho á los hombres para conocerlos, estudiarlos y elegirlos, si además de los agentes de negocios no hubiese tenido relaciones con intrigantes de toda especie y mu-

eres públicas que hacían de su casa una hedionda sentina. Estas relaciones ocultas que se procuran encubrir en una sociedad de honor, allí se tenían á vanagloria.

Celebrábanse en Gros-Bois ruidosas bacanales, que suministraban á los enemigos de la república poderosos argumentos contra el gobierno. Por lo demás, Barras de nadie se recataba, y siguiendo la costumbre de los hombres relajados, se complacía en divulgar sus locuras. Contaba él mismo á sus compañeros, que á veces le reconvenían agriamente por sus calaveradas en Gros-Bois y el Luxemburgo, cómo había obligado á uno de los célebres proveedores de aquellos tiempos á cargar con una manceba que ya le empalagaba, y cuyos caprichos no podía ya sostener; cómo se había vengado de un periodista, el abate Poncelín, por las sátiras dirigidas contra él, que después de haberle atraído al Luxemburgo, le había hecho apalear por sus criados. Esta conducta de señorito mimado en una república ofendía notablemente al Directorio, y al fin le hubiera completamente desconceptuado si la celebridad de las virtudes de Carnot y Larevelliere no hubieran equilibrado el mal efecto de la conducta de Barras.

Habiendo sido instituido aquel Directorio al siguiente día del 15 vendimiario, año IV (4 de octubre de 1795), por odio á la contrarrevolución, y estando compuesto de regicidas y combatido furiosamente por los realistas, debía ser altamente republicano; pero cada uno de sus individuos estaba más ó menos apegado á las opiniones que dividían á Francia. Larevelliere y Rewbell tenían el republicanismo moderado, aunque rígido, tan contrario á los desvaríos de 93 como á los furores realistas de 95. Ganarlos para la contrarrevolución era asunto imposible, pues el instinto tan perspicaz de los partidos les convencía de que ni por seducciones ni por lisonjas de periódicos se obtenía nada de ellos; por eso trataban á ambos con la mayor acritud. Respecto á Barras y Carnot era otra cosa; el primero, aunque trataba con todo el mundo, era en realidad un ardiente revolucionario. En los arrabales le profesaban el mayor afecto, recordando siempre que había sido el general de vendimiario y que los conspiradores del campo de Grenelle creyeron poder contar con él: por esta razón los patriotas le prodigaban elogios y los realistas invectivas. Varios agentes secretos de estos últimos, al llegarse á él por cierto espíritu común de intriga, podían, calculando según su relajación, concebir alguna esperanza; mas esto no pasaba de una opinión particular suya, pues la generalidad del partido le aborrecía y perseguía de muerte.

Carnot, como ex montañés, como individuo que fué del comité de salvación pública y como expuesto á ser desde el 9 termidor víctima de la reacción realista, debía ser ciertamente un republicano decidido y lo era en efecto. Desde el primer momento que entró en el Directorio apoyó decididamente cuantas elecciones se hacían del partido montañés; pero insensiblemente y á medida que iban calmándose los temores de vendimiario variaron sus inclinaciones; Carnot, ni aun siendo individuo del comité de salvación pública, abogó jamás por la pandilla de turbulentos revolucionarios, contribuyendo mucho á la ruina de los hebertistas. Al ver que Barras quería ser *rey de la canalla* y se fortificaba con las reliquias de los jacobinos, se hizo enemigo de aquel

partido y manifestó mucha energía en la refriega del campo de Grenelle; tanto más, cuanto que Barras se hallaba bastante comprometido en aquella escaramuza.

Aun había más; Carnot sentía remordimientos. El cargo que se le había hecho de haber firmado las órdenes más crueles del comité de salvación pública le traía desasosegado; pues no aquietaban su conciencia las explicaciones tan naturales que había dado, sino que hubiera querido probar por todos los medios posibles que no era un monstruo y para dar esta prueba era capaz de sacrificarse. Los partidos lo saben ó lo adivinan todo, y sólo cuando son vencedores se muestran fáciles á los hombres; porque cuando están humillados de cualquiera manera se ganan, y emplean especialmente un gran cuidado en lisonjear á los jefes de los ejércitos. Los realistas conocieron al punto las disposiciones de Carnot respecto á Barras y al partido patriota; adivinaban por otra parte su afán de rehabilitarse, conocían su importancia militar y procuraban tratarle de distinto modo que á sus colegas, hablando de él en los términos que creían más adecuados para interesarle. Así, mientras que el tropel de sus periódicos no cesaba de injuriar groseramente á Barras, Larevelliere y Rewbell, se hacían lenguas del ex montañés y regicida Carnot. Por otra parte, ganado Carnot, tenían también de su parte á Letourneur, que eran dos votos adquiridos por un medio harto vulgar, pero poderoso, como son todos los que halagan el amor propio. Carnot tenía la debilidad de ceder á este medio de seducciones; y sin dejar de ser fiel á sus principios, formaba con su amigo Letourneur en el seno del Directorio una especie de oposición parecida á la que ofrecía el nuevo tercio en los dos Consejos. En cuantas cuestiones se sometían á la decisión del Directorio, se declaraba por la opinión de la minoría de los Consejos. En todas las cuestiones relativas á la paz y á la guerra votaba por la paz, á imitación de la oposición, que fingía pedirla incesantemente. Insistió con mucho ahínco en que se hiciesen los mayores sacrificios al emperador y en que se firmase la paz con Nápoles y Roma sin atenderse á condiciones demasiado duras.

Cuando principian esta clase de divergencias, no tardan en hacer rápidos progresos, y el partido que quiere aprovecharse de ellas encarece hasta lo sumo á los que pretende ganar y se ensaña contra los otros.

Este sistema produjo su acostumbrado éxito. Barras y Rewbell, enemigos ya de Carnot, le aborrecían cada día más por los elogios que se le prodigaban, imputándole el furor de que ellos eran objeto. Larevelliere se esforzaba inútilmente en calmar semejantes resentimientos; mas no por eso dejaba la discordia de adquirir fuste incremento; el público, sabedor de lo que pasaba, distinguía al Directorio en mayoría y minoría, colocando de un lado á Larevelliere, Rewbell y Barras y de otro á Carnot y á Letourneur.

Del mismo modo se clasificaba á los ministros, y cómo se tenía mucha propensión á criticar la dirección de la hacienda, se vituperaba al ministro Ramel, excelente administrador, á quien los apuros del Tesoro obligaban á valerse de arbitrios reprobables en cualquiera otra ocasión, pero inevitables en aquellas circunstancias.

Las contribuciones se recaudaban con mucha dificultad por el evidente desorden del cobro. Había sido menester minorar la contribución directa, y las indirectas